

Cuatro versiones de la ética y la moral

Es común escuchar a algunos intelectuales y políticos hablar del “comportamiento ético y moral”, que tal acción “no es ética ni moral”, que aquel congresista merece una “sanción ética y moral”, es decir, cada vez que hablan de lo ético lo relacionan inmediatamente con la moral o viceversa, como si uniendo ambos términos tuviese más importancia lo que se dice. Ese uso tan libre e impreciso esconde no sólo confusión, sino una desvalorización de la ética en nuestro tiempo. En este ensayo, vamos a presentar cuatro maneras de entender la ética y la moral que quizá sean las más comunes, de ese modo ayudarnos a esclarecer las implicancias y consecuencias de cada definición.

Primera versión. Académicamente suele considerarse a la ética como una disciplina teórica que pertenece a la filosofía cuya tarea es estudiar la moral, definición que podemos encontrarla en manuales de introducción a la ética. Esta disciplina también es conocida como filosofía moral. Mientras que la moral —también denominada moralidad— es el ámbito de la experiencia social donde se ponen en juego normas, valores y acciones, es decir, el espacio de las costumbres tradicionales sobre lo bueno y justo que son considerados obligatorios en una sociedad. Esta distinción ha sido hecha por buena parte de los eticistas contemporáneos. También Augusto Salazar hizo suya dicha distinción cuando sostuvo que “La investigación filosófica de estos problemas relativos a la conducta humana es la tarea de la *Ética* o *Filosofía moral*” (Salazar s/f, 141). Y entendía la moral como “el orden de valores y deberes en el cual está instalado el ser personal y en contacto con el cual desenvuelve su conducta” (*Ibid.*).

Desde ese punto de vista, existirían problemas éticos distintos de los problemas morales. Tipos de problemas éticos serían los siguientes: ¿qué es el bien?, ¿qué es la justicia?, ¿cuándo una norma es moral?, etc. Tipos de problemas morales serían: ¿debo decirle la verdad a mis padres?, ¿puedo utilizar a mi amigo para lograr mis propios fines?, ¿puedo faltar a la verdad para no dañar a mi hermano? Esta primera forma surgió, entre otras cosas, debido a la especialización de los conocimientos en el siglo XX. La filosofía siguió los pasos de dicha especialización y surgieron las disciplinas filosóficas, dentro de la cual se encontraba la ética.

Segunda versión. La ética sería el ámbito de las decisiones y acciones que afectan a la familia, la sociedad y al Estado, es decir, la ética como una actividad social y política. Mientras que la moral sería el ámbito de la subjetividad: pensamientos, sentimientos, voluntad, deseos e intereses. Por ejemplo, una persona sería ética cuando defiende a los pobres, trabaja por construir una sociedad justa, es solidaria, pero sería moral cuando tiene buena voluntad, intención de ayudar a los otros, buenos deseos, pensamientos altruistas, etc. Así, si esa persona dice que tiene un “compromiso moral y ético” estaría refiriéndose a que su vida interior y exterior, su mente y acciones se encuentran involucrados en el logro de algún objetivo que involucra el bienestar de otros. Este parece ser el uso frecuente de nuestros intelectuales y políticos.

Esta segunda forma tiene dos antecedentes. Una es hegeliano, porque fue Hegel quien consideró a la ética (*Sittlichkeit*) como el reino de la “voluntad objetiva” cuya sustancia abarca la familia, la sociedad civil y el Estado (Hegel 1968, 65, parágrafo 33). Es el ámbito de la “exigencia” que surge de la “relación y del deber-ser” (Hegel 1968, parágrafo 108). En tanto que la moralidad (*Moralität*) es el ámbito del derecho de la “voluntad subjetiva” (Hegel 1968, parágrafo 33), lo que Kant consideraba la parte más importante: la conciencia del deber. Y en dicha conciencia racional encontraba Kant los principios de la moral. Si bien es cierto que Hegel hizo la distinción entre derecho y moral para luego realizar una síntesis dialéctica en la ética, sin embargo la cultura moderna ha marcado más la contraposición moral-ética que la superación dialéctica de ambos. Quizá porque nos cuesta vernos y sentirnos como seres relacionales, marcados irremediabilmente por la intersubjetividad.

Dentro de esta segunda versión hay otro antecedente. Aquellos que entienden la ética como un asunto social y la moral un

asunto personal, por ejemplo, si alguien es un buen político es ético, pero todo lo que tenga que ver con la forma de tratar a su familia, su promiscuidad, el uso de drogas, eso sería juzgado dentro de su moral personal, donde los demás no tienen derecho de intervenir. Sin duda, esta forma de entender la moral está marcada por la concepción liberal del hombre y de la vida humana, donde la moral se convierte en un asunto privado. Mientras que el ámbito de lo ético puede ser el lugar de los consensos, donde nos ponemos de acuerdo sobre nuestros intereses que afectan a los demás, pero sin limitar nuestra libertad personal. Bien puede el contractualismo, expresión política del liberalismo, ser colocado en esta variante.

Tercera versión. La ética es el arte de aprender a vivir bien, por lo tanto abarca y trasciende lo moral, porque busca una vida armónica articulada con las distintas dimensiones de la vida humana. La moral es el ámbito personal-social donde experimentamos con valores, normas, juicios, etc., contenidos y transmitidos por la tradición. Desde ese punto de vista, todos nacemos dentro de una moral social, pero tenemos la tarea de convertirnos en seres éticos. Esta tercera forma es de tradición socrática, ya que hace suyo el mensaje de no vivir por vivir sino vivir bien, llevando una vida meditada. La ética no se reduce en esta versión ni a lo privado ni a lo público, ni a lo individual o social, sino que es la forma de aprender a vivir bien con otros. De esa manera había que entender precepto delfico “conócete a ti mismo”, en donde la ética es una búsqueda de la vida buena. Mientras que la moral es lo recibido por la tradición, muchas veces aceptadas sin razón dialógica alguna, costumbres que nos enseñan distinciones cualitativas morales a veces sin justificación alguna. Pero es en la tradición que los humanos aprendemos a construir nuestra vida ética, con críticas, revisiones, intercambios de opiniones, reflexiones, etc., es decir, la construcción dialógica de la ética se da en el terreno de la tradición.

Desde este significado, los problemas morales son importantes en tanto que ahí ejercitamos nuestro pensamiento reflexivo y crítico y eso ya es el inicio del pensar ético. La ética agrega una visión racional a los problemas morales que afrontamos. De ese modo, el pensar ético nos dice algo a nuestra moral heredada, entra en diálogo con ella. Existiría pues una relación fluida entre la ética y la moral, pero dicha relación no es entre lo exterior y lo interior, entre lo social y lo personal, sino entre lo pasivo y lo di-

námico, entre el vivir por vivir y el anhelo de vivir bien, entre una vida mecánica y sin sentido y una vida atenta.

Cuarta versión. Es aquella que no hace ninguna distinción entre ética y moral, ya que todo se da en la misma realidad. Por ejemplo, nos dice Francisco Miró Quesada desde la filosofía profesional: “La disciplina filosófica que estudia racionalmente los problemas relacionados con la posibilidad de saber cuáles deben ser los fines últimos de nuestra acción se denomina ética o moral” (Miró Quesada 1981: 125). Mucha mayor confusión produce dicha identificación en el plano social, porque puede llevar a confundir el discurso moralista con un discurso ético.

Las cuatro maneras de entender la ética y la moral pueden generar problemas y confusiones. Por ejemplo, en la primera versión, puede darse el caso que para ser un profesor de ética no necesite ser una persona moral, dado que enseña pura teoría que no compromete a su práctica. Además, ocasiona la ambigüedad del término: moral como realidad social y moral como acto bueno. En la segunda versión, puede darse el caso de una persona que obre legalmente en un proceso (es decir, éticamente), pero esconda sentimientos de venganza, mezquinos intereses, mala voluntad (es decir, sea inmoral). También esa división entre subjetivo/objetivo, interior/exterior, trae como consecuencia un conflicto entre voluntad libre y responsabilidad social. La cuarta versión también genera serias confusiones porque, desde el plano filosófico que los identifica, no podría hablarse de una moral religiosa ya que utiliza criterios de fe y no reflexiona racionalmente. Pero también desde la vida cotidiana no podríamos distinguir entre una obligación de un padre hacia su hijo de la reflexión teórica del deber. Lo que hace el padre y lo que hace el eticista serían lo mismo.

La tercera versión es la que considero menos problemática porque si bien no confunde los planos, los interrelaciona, los integra dentro de una visión de hombre que abarca lo subjetivo y lo objetivo, lo personal y lo social, lo humano y lo no humano. Desde esta tercera versión, no existe razón para dejar de considerar la ética como disciplina filosófica, es decir, como actividad teórica, cuya labor es pensar reflexiva y críticamente sobre la moralidad socialmente heredada. Pero no es sólo eso. Es un pensar que nos involucra y nos pide una respuesta personal. Al modo griego, en materia de ética estamos en un terreno que nos envuelve, donde nosotros mismos somos dicho terreno, por eso —parafraseando a Aristóteles— no se trata de pensar sobre la virtud para aprender

teóricamente lo que es, sino para ser virtuosos. De ese modo, podemos seguir sosteniendo que el “objeto de estudio” de la ética es la moralidad social, pero añadiendo que en dicha moralidad estamos implicados cada uno de nosotros. Eso no permitiría, como ya he sostenido (Polo 2001: 32-37), la separación entre el que hace el discurso y el mismo discurso teórico.

¿Qué es lo que tiene que hacer el eticista? Creo que son tres grandes cosas: comprender, evaluar y proponer. Comprender la moral heredada en sus distintas manifestaciones, su devenir histórico y estado actual, dar cuenta de la moral en la vida humana en sus distintas formas de constituirse (niveles personales, sociales, políticos). Evaluar que es tanto justificar como criticar. Justificar las creencias morales que se poseen en la medida que sean racionalmente defendibles, saber por qué se cree lo que se cree, tanto en materia de virtudes, normas y valores que sustentan la vida moral de un pueblo o comunidad cultural. Criticar las morales tradicionales cuando éstas han olvidado sus fuentes primigenias o cuando se han desgastado. Proponer o prescribir caminos para solución de conflictos, así como para la promoción y construcción de la sociedad ética. Todo esto acompañado de una coherencia personal, tan difícil de lograr en nuestros días. De ese modo, reducir la brecha entre lo que es y lo que debería ser, entre lo fáctico y lo normativo, entre lo que somos y lo que podríamos ser.

Todas estas versiones de la ética y la moral conviven en la sociedad actual, generando muchas veces confusión y conflicto, ya que cada forma de entenderlas generan formas de vida. Este significado impreciso de la ética y la moral es parte de nuestra incertidumbre actual, hasta el punto que tienden a hacerse inconmensurables como lo sostiene MacIntyre. Ante tal estado, lo único que nos queda es seguir indagando, buscando, alimentados por la necesidad de esclarecer más esta dimensión humana tan importante para vivir personal y socialmente.

Bibliografía

- HEGEL. *Filosofía del Derecho*. Buenos Aires: Claridad. 1968.
MIRÓ QUESADA CANTUARIAS, Francisco. *Para iniciarse en filosofía*. Lima: Universidad de Lima. 1981
POLO SANTILLÁN, Miguel Ángel. *Ética. Modo de vida, comunidad y ecología*. Lima: Mantaro. 2001.
SALAZAR BONDY, Augusto. *Introducción a la filosofía*. Lima: Universo, s/f,